

Deja el insecto el aromoso estambre,  
 Do néctar apuraba, adormecido,  
 Y en lugar de las ramas y del nido,  
 Cuelga sobre los campos el alambre,  
 Por donde cruza, despreciando al viento  
 Y burlando al oído  
 La soberana voz del pensamiento ;  
 Y allá donde la reja entró sin ruido,  
 Reluce al sol la fija paralela  
 Por do se lanza el leviatán de hierro  
 Que ruge y silba, que entre el humo vuela,  
 Que el mar se salta y que perfora el cerro....  
 Y al despertar con el fragor la diosa  
 Brilló en su rostro lágrima bravía  
 Y desplegó las alas, presurosa....  
 Desde entonces ; oh tierra ya no hermosa !  
 Huyó de ti la virgen poesía  
 Y en los aires su voz así clamaba :  
 " En esta tierra del progreso esclava  
 No haré yo nunca la morada mía."

Barcelona, Febrero de 1907.

ENRIQUE W. FERNANDEZ

## "PAX"

(DEL NATURAL)

—Dime, Jorge, ¿ya leíste la novela de Lorenzo?

—De Lorenzo y de Rivas.

—Buéno, como quieras. ¿Ya leíste la novela *Pax*?

—Dos veces: la primera de corrida, para juzgar del conjunto; la segunda, despacio, para hacerme cargo de los pormenores.

—Sr. D. Luis, Sr. D. Jorge, mucho gusto de verlos....  
 Hablaban ustedes....

—De la novela *Pax*, Sr. D. Antonio.

—Ah! sí. Tiene capítulos maestros, *Rosas de Castilla*, *la Alondra*....

—Ha sido el acontecimiento de la quincena. Los encuadernadores no dan á basto para el pedido incesante de ejemplares.

—Anoche, en casa de las Santacruz, no se habló de otra cosa, y eso que, fuera de mí y de algún otro, ninguno de los concurrentes la había leído.

—Hay mucha curiosidad en el público por saber cuál es la parte que corresponde en la obra al Sr. Marroquín, y cuál al Dr. Rivas.

—Lorenzo lo dice claro en su carta.

—No tan claro, mío caro Luigi: afirma que hay capítulos refundidos, otros en que no queda sino el esqueleto, la disposición ó frases de la redacción primitiva. En esas refundiciones, entre esas frases, ¿qué sobrenadó del ingenio de José María? Y en la parte intacta, ¿hasta dónde van el uno y el otro? That's the question.

—Eso que está diciendo Jorge es aplicable á todo libro escrito en colaboración. ¿Qué pensamientos, qué frases son de Erckman, cuáles de Chatrian, en las novelas que entrambos firman?

—No lo decía en tono de censura. Consigné el hecho de la curiosidad general, de que yo participo. Es tan insólito en Colombia el modo como se ha confeccionado esta novela!

—No tanto. Marroquín y Rivas escribieron juntos el drama *Lo irremediable*. ¿Y sabes? Lo vi ayer traducido al francés en magnífica edición.

—Sí? ¿Cuánto me alegro!

—Y el traductor dice en el prólogo que Jules Claretie ha admitido el drama colombiano en la Escuela de recitación de la Comedia Francesa.

—Grande honor para los autores, y para Colombia también. Pero cuando se representó y se publicó el drama,

el público no se puso en quisicosas, repartió el aplauso entre los autores por iguales partes, y santas pascuas!

—Pues para que lo veas.

—Eso te digo yo: para que lo veas.

—Dejemos, si á ustedes les parece, lo del autor. Dicen que Ronderos es el General Benavente.

—Y que Roberto es Antonio.

—Y que Alejandro es Manuel.

—Unos dicen que Socarraz es Caipa, y otros que es el retrato del tuerto Aniceto.

—Esas disputas prueban que no hay retratos de persona determinada, como lo advierte Lorenzo.

—Excusa no pedida.... Luisillo.

—No siempre es acusación manifiesta, Jorge mío. Conocida la índole suspicaz del público, y lo que ha sucedido, aquí y en todas partes, con obras semejantes á *Pax*, puede uno prevenirse contra interpretaciones malignas, sin acusarse por eso. En Madrid, á los personajes de *Pequeñeces* les pusieron nombres propios.

—Si ustedes me lo permiten, les diré la impresión que me han producido los personajes de la novela. No creo que el autor, ó los autores, hayan querido pintar individuos determinados; el Sr. Marroquín lo asegura así, y eso basta. Ni de caballeros cristianos sería ridiculizar y denigrar á compatriotas suyos, y más si se trata de personas buenas y que no han hecho daño á los autores, como son algunas de las que el público ha querido ver retratadas en *Pax*....

—Pero, Sr. D. Antonio, el rasgo aquel, cuando después....

—Permítame usted, Sr. D. Jorge. Esa es precisamente para mí, un lunar de la novela. Dos cosas se retratan: los individuos y las especies. Al novelista, á menos que se trate de novela histórica, no le es lícito lo primero; forzosamente tiene que hacer lo segundo, y en eso está uno de los méritos principales de su obra.

—Eso es lo que se ha hecho en *Pax*.

—Estamos de acuerdo, Sr. D. Luis. Pero los personajes de novela, como las personas de carne y hueso, constan de cuerpo y alma.

—Claro; pero, ¿á dónde va usted?

—Voy á decirle. Llamo cuerpo de un tipo novelesco la descripción del físico del individuo, su estado, el sitio donde reside, etc., y llamo alma su carácter, su modo de ser, sus virtudes y cualidades, vicios y defectos. El alma hay que copiarla del natural, el cuerpo, no.

—Perdóneme usted. Esas dos cosas, alma y cuerpo, me parece que no son tan separables como creo haberle entendido á usted. Si yo pinto en una novela—en el falso supuesto de que yo fuera novelista—un baile elegante, no puedo poner la acción en un barrio habitado por gente pobre; al amigo de los buenos bocados hay que suponerle *embonpoint*, forzoso es vestir de ruana á los labriegos, y á los señores ponerles levita. Yo no entendería á Mata, el de *Pax*, con capa ni con el cabello cortado al rape; ni á Socarraz con frac y corbata blanca.

—La observación de usted es muy justa, y me alegro de que me la haya hecho, porque me acerca á donde deseo llegar. Usted no concibe, ni yo tampoco, á un guerrillero medio salvaje con frac y corbata blanca. Pero Socarraz pudo ser alto ó bajo de estatura, tener la barba rubia ó negra, ser natural de este ú otro lugar, sin que la novela gane ni pierda.

—Exacto. Y en *Pax* aparece con cualesquiera de esos caracteres, porque algunos había de tener, so pena de ser espíritu puro ó una mera abstracción encarnada, como los personajes de los autos sacramentales.

—Muy bien dicho, D. Luis. Pero si entre los guerrilleros hay uno que coincide en todas las exterioridades, casi sin faltar una, con el tipo de la novela, ¿cómo evitar que el público diga: este es Fulano?



—El público se desengaña en los capítulos siguientes, viendo que las acciones no corresponden á las del supuesto modelo.

—Las personas letradas y benévolas como ustedes dos, sí; las gentes iliteratas ó poco caritativas, nó. Ellas se empeñan en ver retrato de la persona determinada que imaginaron; y luégo se indignan de que se le atribuyan acciones que no ha cometido; ó se alegran, si se trata de un enemigo; y no faltará quien exclame: yo no le sabía ésa á Zutano! La cosa se agravaría si un rasgo fisonómico por el cual se distingue una persona respetable en Bogotá, una extravagancia inocente, conocida de todos, se atribuyeran á un perverso.

—Pero yo he oído decir que muchos novelistas europeos copian sus personajes íntegros del natural.

—Allá eso tiene menos inconvenientes. En ciudades de millones de habitantes, cada individuo desaparece, es cero. Aquí donde nos conocemos todos, es más delicado. Además que ya sabemos que en *Pax* no hay retratos. ¿Saben ustedes lo que hay? Cuerpos de unos personajes con las almas de otros. La metempsicosis de Pitágoras.

—Pero la novela, con lunares y todo, es superior.

—¡Cómo no! ¿Pero sabes, sabe usted, que me parece larga?

—Jorge! ¿quién le ha señalado las dimensiones á una novela?

—Se los marca el fin que se propone el autor. En las de enredo, sobra todo lo que no lleve natural y holgadamente la acción á su desenlace. Walter Scott, que es uno de mis ídolos literarios, tiene para mí ese defecto; se tarda demasiado en plantear la acción, después marcha rápido, interesante, pero vuelve á alargarse demasiado para desatar la trama. Tolstoi me hace la misma impresión en los primeros capítulos de la *Pax y la Guerra*.

—Eso en la novela antigua. Pero ¿en la descriptiva, en la de costumbres, en la psicológica? Y *Pax* participa ampliamente de todos tres caracteres.

—Debe limitarse el autor á lo necesario para pintar sitios, pasajes, costumbres, pasiones y estados del alma. Y me parece que en *Pax* pudieran suprimirse diez ó más capítulos, sin que la obra perdiera en conjunto. O digámoslo en términos más lisonjeros á los autores y rigurosamente exactos: con las riquezas que hay en *Pax* se habrían podido hacer dos buenas novelas.

—¿Qué te parece? Jorge. A mí no me hizo esa impresión.

—Y si ustedes quieren mi parecer, á mí tampoco.

—Dos votos contra uno, y los votos de ustedes.... perdí la partida.

—Los personajes, los caracteres, son para mí lo principal de una novela.

—¿Qué tal son en esa de que ustedes están hablando?

—Perdón, mi Sra. D<sup>a</sup> Carolina.... No sabíamos que usted nos hubiera honrado poniendo atención á nuestro diálogo. Diré á usted, temo que los personajes de *Pax* no sean estimados en su justo valor.

—¿Por qué? Sr. D. Antonio.

—Por el mismo lunar de que hablaba hace rato. Si el lector se empeña en ver en la novela personas en lugar de personajes, irá comparando cada tipo con el pretendido original, y como no concuerden, los hallará falsos ó mal dibujados.

—Y si el lector encuentra perfecto el parecido?

—Habrá visto un retrato y no un carácter novelesco. ¿No le parece á usted, mi señora? Creo que fuera de Bogotá, y mejor, fuera de Colombia, se estimarán más los personajes de la novela.

—Muy bien. Pero ustedes que los ven desde otro punto de vista, ¿qué opinan de los caracteres?

—Le cedo á usted la palabra.

—Muchas gracias. Los personajes de *Pax* están bien pintados, y algunos no serían desdeñados por los buenos

novelistas europeos. Algunos tipos me parecen un poco reteñidos.

—¿Reteñidos, dice usted? Luis.

—Sí, señora, el rasgo dominante de cada carácter no desmaya, no vacila desde el principio hasta el fin; el bueno, permanentemente bueno; el malo, malo hasta lo diabólico; el avaro no tiene un rasgo de generosidad, el ruin no ejecuta un acto de nobleza, el hombre de honor no padece un involuntario desmayo.

—Me parece que usted está haciendo el mayor elogio de la novela. ¿No es eso lo que ustedes, los literatos, llaman caracteres sostenidos?

—Podía usted, señora, recordarle que así son los tipos de Molière: el *Avaro*, el *Hipócrita*, el *Misántropo*.

—No más, Jorge, por Dios! sobre la autoridad de una señora, indiscutible para mí, me echas la de Molière....

—Y la de Boileau, y la de Hermosilla.

—Defiéndase usted, que el respeto y la galantería para conmigo no llegan hasta privarlo del legítimo derecho de defensa.

—Hoy, señora, se tiende en la novela á tomar los personajes del natural....

—Cuidado con hacernos la apoteosis del naturalismo en el arte. No resulte usted partidario de Zolá.

—No hay cuidado. Soy enemigo de ese realismo sucio, tan reñido con la moral como con el arte, que revuelve todas las podredumbres y se goza en ellas como ciertas aves de rapiña. Hablo del naturalismo idealista, si se permite la expresión, el de Pereda, verbigracia.

—Y ese ¿cómo pinta los caracteres?

—Como son en la vida real. No hay hombre que no proceda algunas veces contra su modo habitual de ser, en determinadas circunstancias, usando ó abusando de su libre albedrío.

—Sólo los santos siguen sin vacilar la línea recta que los conduce al cielo. ¿No es verdad?

—Verdad, mi señora. Sin torcer, sí; sin vacilar, quién sabe!

—Tiene usted razón. Hace poco leíamos en casa la Vida de San Vicente de Paúl, de Bougaud. ¡Qué le costó al Santo presentar á la sociedad de París, como pariente suyo, á un rústico venido de la provincia natal! Pero díganme ustedes, ¿qué tal la heroína de *Pax*?

—No hay heroína, sino heroínas: son dos.

—Y digo yo de ellas lo contrario de lo que decías tú de otros personajes: bastante descoloridas.

—Ese ha sido, Sr. D. Jorge, el escollo en que han naufragado ó tropezado casi todos los novelistas nuestros: pintar la señorita colombiana.

—¿Por qué será?

—Porque, con el pincel ó con la pluma, el último esfuerzo del arte es pintar una mujer joven y hermosa. De aquí la fama de la Fornarina, la Gioconda....

—Creo que hay algo más. La bogotana educada, que es nuestro orgullo, por sus mismas admirables condiciones....

—¿Qué es con nosotras? Ustedes están murmurando de las muchachas bogotanas, y lo peor es que lo hacen delante de mamá.

—Contéstale tú, que tienes confianza con ella.

—Decíamos aquí, Isabel, que el humo de la fusilería intercepta los rayos del sol, y que el olor de la pólvora no deja percibir el aroma de las violetas.

—¿A propósito de qué?

—De que las guerras no dejan lucir á las niñas todos sus atractivos.

—Pues eso me hace más amiga que nunca de la paz.... Ya voy para allá.... Si se acaloran hablando de guerras, llámenme y verán cómo....

—En suma, ¿cuál de los caracteres de *Pax* le parece á usted de más mérito como obra literaria?, Sr. D. Antonio.

—Sin vacilar diré á ustedes que el de Roberto. Describir malvados ó varones perfectos, tipos más ó menos ridículos, es fácil. En la academia de pintura se empieza el estudio de figuras humanas por el contrabandista, el caballero de golilla, el mendigo astroso, el vejete de capa vercosa y cubilete abollado. Roberto es un carácter difícilísimo, sostenido como se deben sostener, no haciéndolos perseverar como usted dijo muy bien, Sr. D. Luis, en un solo rasgo, sino en el vaivén de la vida humana. El héroe de *Pax* está copiado del bogotano, como ya no existe, no sé si por desgracia ó por fortuna, salvo unas poquísimas excepciones rezagadas; del bogotano que yo conocí hace más de cuarenta años, cuando vine á estudiar á la capital.

—¿Cómo lo recuerda usted?

—Del modo que ustedes han visto en la novela á Roberto Avila. Inteligente, con todos los talentos, menos uno: el que se necesita para hacer valer los demás; pero no el talento macizo del profesor de Leipzig ó del scholar de Oxford, sino vivo, chispeante, á veces superficial; vuelo de golondrina. Tenía el esprit de un parisiense de raza, el donaire de un madrileño de cepa, con más sobriedad que el primero y más blandura que el segundo. No estudiaba á derechas en el colegio, no concluía carrera profesional, no llegaba á doctor ni siquiera á bachiller; pero á poco sabía de todo, podía hablar con propiedad de cuanto hay, pero ocultaba su saber como si fuera una vergüenza. Artista por herencia, por naturaleza, el arte le servía para gozar y admirar, raras veces para producir algo. De repente hacía un soneto que Arguijo hubiera prohijado; lo leía á dos ó tres amigos y lo arrojaba á la cesta de los papeles inútiles; empezaba un paisaje, no indigno de Corot, un retrato de la novia ó el amigo, con rasgos de Velásquez, pero no los concluía jamás.

—¿Por pereza?

—Absolutamente. Trabajaba, si era preciso, quince horas al día, pero con una condición: que la labor no fue-

ra en provecho propio, sino para bien ajeno, ó que no condujera á nada útil. Virtuoso ó calavera, tenía dos virtudes contra las cuales no delinquía jamás ni levemente: la delicadeza y el honor. El honor en singular, porque los honores le aterraban; y en punto á riquezas, era perfecto en el arte de gastarlas, nulo ó poco más en el arte de adquirir las.

—Interesante, de veras.

—Cuando el espíritu moderno invadió la capital, el personaje de que estamos tratando se dejó arrojar sin protesta, digamos más bien, para ser justos, abandonó el centro de la ciudad, los puestos públicos, las influencias á los hombres nuevos, á los de acción, como dicen ahora. Con el alma entristecida hondamente, sin valor para luchar, ó por falta de fe en los medios, ó por desprecio al éxito, no dejaba ver sus quebrantos; por delicadeza, por buen gusto, ocultaba el dolor bajo el velo de suave jovialidad, y como único desquite contra sus vencedores, tenía el grajejo espiritual, finísimo, que nos rasguñaba la piel, pero rara vez ó nunca hacía echar sangre. El bogotano actual...

—Siga usted, Sr. D. Antonio.

—El bogotano actual, está presente, dignamente representado por los dos caballeros que me escuchan.

—Mil gracias, señor. Pero termine usted su primera frase. Usted, nacido fuera de Bogotá, pero educado y radicado aquí, es muy imparcial para juzgarnos. El bogotano de ahora.... decía usted.

—Ha ganado mucho, es más activo, más constante, más enérgico; ha abierto el pecho, en mayor ó menor grado, á la ambición de gloria y de mando, al deseo de formar una fortuna, cosas que, dentro de los límites de la moral y del decoro, son resortes poderosos para el bien. Pero....

—En los peros está el quid, como dice Bretón.

—Por lo mismo que ha perdido los defectos de sus cualidades....

—Hemos perdido las buenas cualidades de nuestros defectos.

—No tanto, Sr. D. Luis, no tanto.

—Vamos á ver, D. Antonio, haga usted el corte y tanteo, como decía mi marido; el balance, como dicen mis hijos.

—El bogotano ha ganado, Bogotá también, Colombia, por reflejo, también. La estética, con perdón de ustedes, ha salido perdiendo.

—Las descripciones de *Pax* son soberbias.

—Y de todas clases, y no sólo las de objetos que se ven, cosa más fácil, sino de lo que es materia de los demás sentidos, y eso es de maestros consumados.

—El lenguaje es correcto, limpio, sin arcaísmos pedantes ni alardés inoportunos de purismo.

—El estilo vive, palpita, hierve, desde la primera hasta la última página.

—Y tiene todas las notas de la escala; el estilo elevado, el jocoso, el majestuoso, el humilde, el popular, el serio, el burlesco, el chocarrero, el irónico, el satírico, el festivo, el austero.... como dice tu aborrecido Herмосilla.

—¡A la cabeza! ¡Qué memorióñ el tuyo! Con razón que te sacaras ahora diez años el premio de retórica.

—Ahora verás: “Asimismo recibe el estilo otras denominaciones, según el género de la obra. Así se dice: estilo prosaico, oratorio, histórico, didáctico, epistolar, poético, bucólico, lírico, elegíaco, épico, trágico, cómico, etc.”

—¡No más! por vida tuya. Mucho de lo que contiene esa indigesta y heterogénea enumeración, se encuentra en *Pax*.

—Pero hay escasez de narración. Algo más de ese elemento, dejaría descansar el ánimo de tanta descripción magnífica.

—Sí; sobran colores, medias tintas, perfumes, aromas, ruidos, melodías, sabores, terciopelos y blanduras.

—Más vale que sobre, y no que falte.

—El elemento psicológico entra por mucho, y con un acierto extraordinario.

—Sí, el capítulo *Rosas de Castilla* no se ve, ni se oye, pero se siente, y se siente hondo.

—Hay contrastes superiores; por ejemplo, entre la delicadeza de ese pasaje y las descripciones de batallas y de horrores.

—El diálogo es siempre bueno. Antes de *Pax*, en este punto, sobre todo cuando la conversación era entre personajes cultos, habían fracasado todos los novelistas de por acá.

—¿Y el desenlace?

—*Pax* no termina su acción de un golpe, mi señora; como los grandes ríos, rinde su caudal por muchas bocas distintas.

—La lección, la moral de la novela ¿es la necesidad de la paz?

—Sí, señora, y tanto más digna de elogio cuanto brota por sí misma esa lección, sin que la buscaran los autores. *Pax* no es novela *docente*, pero es una novela que enseña.

—¿No es lo mismo?

—Sí, señora; y voy á decirlo mejor: enseña sin proponerse enseñar, como lo hace usted constantemente con sus amigos.

—Muchas gracias. ¿Por supuesto que la novela será muy pura? Siendo de...

—Intachable, señora; no hay una palabra que pudiera ofender á una niña de doce años. Más aún, respira espíritu católico por todas sus páginas.

—Oh! y sobre todo la lección final que ustedes me cuentan. Lo que predicó el domingo el P. Necochea en San Nicolás: “La paz, que es fruto de la justicia, como dice Isaías, fue el anhelo de los ángeles sobre la cuna de Jesús; paz fue el último legado del Salvador á los Apóstoles antes de subir al cielo...” Me permiten ustedes....

—Me han pedido un artículo sobre la novela. Me ocurre escribir la conversación que acabamos de tener.

—Eso tiene un inconveniente. Tú, mon cher Georges, que la tachabas de larga, vas á escribir un diálogo sin fin. ¡Qué dirán los lectores!

—Dirán que criticar es fácil, y escribir bien, muy difícil.

—Sí, que una cosa es cacarear y otra<sup>1</sup> poner el huevo.  
Abril de 1907.

---

## ACTOS OFICIALES

### ALUMNOS GRADUADOS DE BACHILLERES EN 1906

Alvarez Juan.  
Anzola Guillermo.  
Aparicio Alberto.  
Aristizábal Nicolás.  
Arteaga Miguel.  
Bejarano Jorge.  
Beltrán Florentino.  
Borrero Carlos.  
Cajiao Jorge.  
Carrera Arturo.  
Castro Antonio José.  
Cortázar Roberto.  
Echeverri Argemiro.  
Fajardo Casas Benjamín.  
Falla Paulo Emilio.  
Higuera Manuel.  
Huertas José Vicente.  
Iglesias Salvador.  
Jaimes Juan.  
Latorre Alejandro.  
Luque Luis Francisco.  
Mejía Manuel.  
Meléndez Alfonso.  
Noguera Alfredo.

